

LA CASA DE LOS SUICIDIOS

Charlie Donlea

Traducción: Constanza Fantin Bellocq

MOTUS

SESIÓN 1

Diario personal: Las vías

MATÉ A MI HERMANO CON una moneda de un centavo. Simple, benévolo y perfectamente creíble.

Sucedió en las vías del ferrocarril. Porque, tal como me enseñaría la vida en los años que vendrían, un tren a toda velocidad era muchas cosas. Majestuoso, cuando pasaba desdibujado, demasiado rápido como para que los ojos pudieran registrar algo más que franjas de color. Poderoso, cuando retumbaba bajo los pies como un terremoto inminente. Ensordecedor, cuando rugía por las vías como una tormenta caída del firmamento. Un tren a toda velocidad era todas estas cosas y más. Un tren a toda velocidad era letal.

La grava que llevaba hasta las vías estaba suelta y nuestros pies resbalaban al trepar. Eran casi las seis de la tarde, la hora habitual en la que el tren pasaba por la ciudad. El sol que caía en el horizonte teñía de un rojo moribundo los bordes inferiores de las nubes. El crepúsculo era el mejor momento para ir a las vías. De día, corríamos el riesgo de que nos viera el maquinista y llamara a la policía para informar que había dos chicos jugando peligrosamente cerca de las vías. Por supuesto, me aseguré de que esa situación ya hubiera sucedido. Era esencial para mi plan. Si

hubiera matado a mi hermano la primera vez que lo traje hasta aquí, mi anonimato en esta tragedia habría sido frágil como una hoja de papel. Necesitaba municiones para cuando la policía viniera a interrogarme. Tenía que crear una historia irrefutable sobre el tiempo que pasábamos en las vías. Habíamos estado aquí antes. Nos habían visto. Nos habían atrapado. Habían informado a nuestros padres y ellos nos habían castigado. Se había establecido un patrón. Pero esta vez, les diría yo, las cosas habían salido mal. Éramos chicos. Éramos estúpidos. El relato era impecable y más adelante yo aprendería que era necesario que así lo fuera. El detective que investigaría la muerte de mi hermano era una fuerza onerosa. Desde el principio sospechó de mi historia y nunca se sintió completamente satisfecho por mi explicación de los hechos. Hasta el día de hoy, estoy seguro de que no lo está. Pero mi versión de aquel día y la historia que inventé resultaron irrefutables. A pesar de sus esfuerzos, el detective no encontró fisuras.

Una vez que subimos a la cima del terraplén y estuvimos junto a las vías, saqué dos monedas de un centavo del bolsillo y le entregué una a mi hermano. Eran brillantes y no tenían marcas, pero pronto quedarían delgadas y lisas, una vez que las colocáramos sobre las vías para que el tren rugiente las aplastara. Poner monedas sobre las vías era un momento emocionante para mi hermano, que nunca había escuchado algo así antes de que yo se lo contase. En mi habitación tenía un bol con docenas de monedas de un centavo aplanadas. Las necesitaba. Cuando viniera la policía a hacer preguntas, la colección de monedas serviría como prueba de que ya lo habíamos hecho antes.

Lejos en el crepúsculo, oí el silbido. El leve sonido parecía atrapado en las nubes encima de nosotros y retumbaba en esas bolas de algodón carmesí. Estaba más oscuro ahora que el sol se derretía, granulado y opalescente. Justo la mezcla ideal de luz y sombra para permitirnos ver lo que hacíamos, pero no dar indicios de nuestra presencia. Me incliné y coloqué mi moneda sobre el raíl. Mi hermano hizo lo mismo. Esperamos. Las primeras

veces que habíamos ido, dejamos las monedas sobre los raíles y bajamos corriendo el terraplén para ocultarnos en las sombras. Pero pronto descubrimos que en el anochecer nadie nos veía. Con cada excursión a las vías, fuimos dejando de huir cuando el tren se acercaba. De hecho, comenzamos a quedarnos cada vez más cerca. ¿Qué tenía esa cercanía con el peligro que nos llenaba de adrenalina? Mi hermano no tenía idea. Yo lo sabía con plena certeza. Con cada escapada, él se tornaba más fácil de manipular. Por un instante, me pareció injusto: como si yo hubiera adoptado el papel de matón, papel que mi hermano dominaba a la perfección. Pero me recordé que no debía confundir eficiencia con simplicidad. Esto me resultaba fácil solamente gracias a mi diligencia. Me resultaba fácil solo porque yo había trabajado para que así lo fuera.

Las luces del tren se hicieron visibles a medida que se acercaba: primero la luz superior y luego las dos luces inferiores. Me acerqué a los raíles. Él estaba a mi lado, a mi derecha. Yo tenía que mirar por encima de él para ver cómo se acercaba el tren. Me di cuenta de que él sentía mi presencia, porque cuando yo me acerqué a las vías, él imitó mis movimientos. No quería perderse nada. No quería permitirme tener más derechos de ufanarme ni una inyección más poderosa de adrenalina. No podía permitir que yo tuviera nada que él no pudiera jactarse de poseer. Era su naturaleza. La naturaleza de todos los matones.

El tren ya casi estaba sobre nosotros.

—Tu moneda —dije.

—¿Qué? —preguntó mi hermano.

—Tu moneda. No está bien colocada.

Miró hacia abajo, inclinándose levemente sobre las vías. El tren rugía a toda velocidad hacia nosotros. Di un paso atrás y lo empujé. Todo terminó en un instante. En un segundo, ya no estaba allí. El tren pasó rugiendo, llenándome los oídos de estruendo y distorsionándome la visión a una mancha de colores oxidados. Produjo una corriente de aire que me empujó dos pasos

hacia la izquierda y me succionó hacia delante, invitándome a unirme a mi hermano. Afirmé los pies en la grava para resistir la tracción.

Cuando pasó el último vagón, la fuerza invisible me soltó. Caí hacia atrás. Recuperé la visión y el silencio me llenó los oídos. Miré hacia las vías y lo único que quedaba de mi hermano era su zapato derecho, en una extraña posición vertical, como si él se lo hubiera quitado y lo hubiera colocado sobre los raíles.

Me aseguré de dejarlo intacto. Pero recogí mi moneda. Estaba plana y delgada y ancha. La dejé caer dentro del bolsillo y eché a andar hacia mi casa para agregarla a mi colección. Y para contarles a mis padres la terrible noticia.

Cerré el diario con cubiertas de cuero. Una cinta, también de cuero, con una borla colgaba de la parte inferior marcando la página para la próxima vez que lo leyera durante una sesión. La habitación estaba en silencio.

—¿Estás escandalizada? —pregunté por fin.

La mujer frente a mí negó con la cabeza. Su actitud no había cambiado durante el transcurso de mi confesión.

—En absoluto.

—Qué bien. Vengo aquí en busca de terapia, no de juicios.

—Levanté mi diario personal—. Me gustaría hablarte sobre los otros.

Esperé. La mujer se quedó mirándome.

—Hay más. No dejé de hacerlo, después de mi hermano.

Hice otra pausa. La mujer seguía mirándome.

—¿Te molesta que te hable sobre los otros?

Ella volvió a negar con la cabeza.

—En absoluto.

Asentí.

—Excelente. Entonces, lo haré.

INSTITUTO WESTMONT

Viernes 21 de junio de 2019

23:54

UNA LUNA CON FORMA DE uña flotaba en el cielo de la medianoche; su brillo empañado se hacía visible intermitentemente entre el follaje. La presencia errática de la luna penetraba entre las ramas entrelazadas, con un resplandor pálido que pintaba el suelo del bosque con el lustre barnizado de una película en blanco y negro. La visibilidad provenía de la vela que él llevaba, cuya llama moría cada vez que aceleraba el paso e intentaba trotar por el bosque. Quiso aminorar la marcha, andar lentamente y con cuidado, pero caminar no era una opción. Tenía que apresurarse. Tenía que ser el primero en llegar. Tenía que adelantarse a los demás.

Ahucó la mano delante de la vela para proteger la llama, lo que le dio unos minutos para escudriñar el bosque. Siguió caminando unos metros hasta llegar a una hilera de árboles de aspecto sospechoso. Se detuvo para estudiar los troncos, buscando la llave que necesitaba con tanta desesperación; la llama de la vela se extinguió. No había viento. La llama simplemente murió, dejando un hilo de humo que le llenó las fosas nasales de olor a cera quemada. El repentino e inexplicable

eclipse de la vela significaba que el Hombre del Espejo estaba cerca. Según las reglas —reglas que nadie rompía jamás— tenía diez segundos para volver a encenderla.

Tras buscar a tientas las cerillas —las reglas permitían solamente cerillas, no mecheros— intentó encender una contra el lateral de la caja. Nada. Con manos temblorosas, lo volvió a intentar. La cerilla se partió en dos y cayó al suelo oscuro del bosque. Abrió la caja, dejando caer varias cerillas más en el proceso.

—Mierda —susurró.

No podía darse el lujo de perderlas. Volvería a necesitarlas si lograba llegar a la casa y a la habitación segura. Pero en ese momento estaba solo en el bosque oscuro con una vela apagada y en gran peligro, si decidía creer los rumores y las leyendas. Los temblores que sacudían su cuerpo sugerían que los creía. Estabilizó las manos lo suficiente como para deslizar con firmeza la cerilla contra el rascador, lo que hizo que se encendiera en una llamarada inestable. La erupción liberó una nube de humo con olor a azufre antes de convertirse en una llama controlada. Acercó el fósforo al pabilo de la vela, feliz ante la luz que le brindó. Calmó su respiración y observó el bosque en sombras a su alrededor. Escuchó y esperó, y cuando tuvo la certeza de que había derrotado al reloj, volvió a concentrar la atención en la hilera de árboles que tenía delante. Avanzó lentamente, protegiendo con esmero la llama mientras caminaba; una vela encendida era la única forma de mantener lejos al Hombre del Espejo.

Llegó hasta el roble gigantesco y vio una caja de madera junto a la base. Se arrodilló y abrió la tapa. En el interior descansaba una llave. El corazón le latía con contracciones poderosas que enviaban un torrente de sangre por los vasos sanguíneos dilatados de su cuello. Inspiró profundamente para calmarse y luego sopló para apagar la vela: las reglas establecían que las velas de guía solo podían mantenerse encendidas hasta que se encontrara la llave. Empezó la marcha por

el bosque. En la distancia, el silbido de un tren en la noche le alimentó el caudal de adrenalina. La carrera seguía. Mientras corría por el bosque, tratando infructuosamente de protegerse la cara de las ramas que lo azotaban como látigos, se torció un tobillo. Siguió su camino, sintiendo bajo sus pies el temblor de la tierra producido por el paso del tren. La vibración le hizo acelerar los pasos.

Cuando llegó al extremo del bosque, el tren pasó rugiendo por las vías a su izquierda; un borroso resplandor metálico que cada tanto captaba el reflejo de la luna. Emergió del follaje oscuro y se dirigió a la casa; el rugido del tren apagaba el sonido de sus gruñidos y jadeos. Llegó a la puerta y entró.

—Felicitaciones —le dijo una voz en cuanto atravesó el umbral—. Eres el primero.

—Genial —murmuró sin aliento.

—¿Encontraste la llave?

Él la levantó para mostrársela.

—Sí.

—Sígueme.

Caminaron por los corredores oscuros de la casa hasta llegar a la puerta de la habitación segura. Insertó la llave en la cerradura y la giró. La cerradura cedió y la puerta se abrió. Entraron y cerraron la puerta. La oscuridad era absoluta, mucho peor que en el bosque.

—Date prisa.

Se arrodilló y avanzó, gateando, por el suelo de madera hasta que sus dedos se encontraron con la fila de velas que estaban delante de un alto espejo de pie. Buscó en el bolsillo y sacó la cajita de cerillas. Le quedaban tres. Deslizó una contra el costado de la caja y la punta se prendió. Encendió una de las velas y se plantó, de pie, frente al espejo, que estaba cubierto por una lona pesada.

Inspiró hondo y le hizo un gesto de asentimiento a quien lo había recibido en la puerta. Juntos quitaron la lona que

recubría el espejo. Su imagen estaba ensombrecida por la penumbra de la vela, pero notó las laceraciones que le cortaban las mejillas y la sangre que chorreaba de ellas. Tenía un aspecto espectral y como si acabara de salir de una batalla, pero lo había logrado. El ruido del tren se apagó cuando el último vagón pasó junto a la casa y siguió hacia el este. La habitación quedó en silencio.

Con la vista fija en el espejo, inspiró por última vez. Luego, juntos, susurraron:

—El Hombre del Espejo. El Hombre del Espejo. El Hombre del Espejo.

Transcurrieron unos segundos, en los que ninguno de los dos parpadeó ni respiró. Luego algo relampagueó tras ellos. Una mancha borrosa en el espejo entre las imágenes de ambos. De pronto, una cara se materializó de la oscuridad y se enfocó, un par de ojos iluminados por el reflejo de la llama de la vela. Antes de que alguno de los dos pudiera volverse, gritar o defenderse, la llama se apagó.